

El cañón truena aún en el Sinaí; algún avión cae, algunos soldados se disparan, a pesar de la reiteración del «alto el fuego» y de haber comenzado la toma de posiciones por parte de los «cascos azules», los soldados de las naciones menores de la ONU (una vez aceptada la idea de que ninguno de los «grandes», o miembros permanentes del Consejo de Seguridad, como son Estados Unidos, Unión Soviética, China, Gran Bretaña y Francia deben formar parte de este contingente), que han de hacer respetar las condiciones dictadas y aceptadas.

Dando por supuesto que la tregua ahora va a ser respetada, puede comenzar a hacerse un balance provisional de esta cuarta batalla de la guerra del Oriente árabe. Prescindiendo de cifras de bajas, que cada parte contendiente amaña a su manera —pero sin que estos amaños oculten el panorama general: quizá veinte mil muertos y otros tantos heridos, pueblos y ciudades destruidos y una importante cantidad de material destrozado— puede observarse que Israel no ha perdido terreno, sino que quizá lo haya ganado. Lo ha ganado en el Golán; y también en Egipto, al saltar sobre el canal. Un cálculo aproximado indica que ha obtenido aproximadamente el mismo terreno del que ha perdido; y lo ha ganado precisamente, en su mayor parte, después de la orden del Consejo de Seguridad, y su aceptación del «alto el fuego». En esos días, entre el lunes y el jueves, apretó el cerco sobre el tercer cuerpo de ejército egipcio, con la intención de aniquilarlo o de obligarle a rendirse —cortado de su retaguardia, desprovisto de víveres y de agua— antes de hacer efectiva la tregua. Parte de esta operación pudo hacerse gracias a la «alarma nuclear» provocada por Nixon, que ocasionó un retraso en la obligación de tregua.

Pero el balance de lo ganado o perdido en esta batalla no podrá saberse hasta que pase un tiempo y se realicen las condiciones políticas. De fuente árabe se dice que el propósito es que las negociaciones de paz se celebren en un plazo de treinta días, y que el ejército israelí abandonará la península del Sinaí hasta sus fronteras de 1967 en un plazo de seis meses: las previsiones del Consejo de Seguridad no indican ninguna fecha oficial, y las alusiones a la evacuación del Sinaí están cuidadosamente omitidas en todas las declaraciones de Israel y de los Estados Unidos.

Parte de la opinión árabe cree que el «alto el fuego» no debía haberse aceptado nunca y que la batalla debía haber continuado. Es una opinión probablemente irreal, porque la batalla dependía muy directamente de la URSS y su material, y la URSS decidió terminarla.

De todas formas, en el mundo árabe, y sobre todo en Egipto, se cree que se ha roto el «maleficio»; desde luego, el mito de invulnerabilidad de Israel ha quedado malparado. Entre los beneficios que se anotan los árabes están estos: 1.º, malestar político en Israel (el ministro de Justicia se enfrentó con Dayan y exigió su dimisión; ha terminado dimitiendo el ministro de Justicia); 2.º, instrumentación válida del petróleo como arma de guerra capaz de inquietar a los aliados directos o indirectos de Israel; 3.º, seguridad de que la URSS ayudará a los países árabes a contener cualquier situación militar que sobrepase ciertos límites; 4.º, sensible mejora de su posición internacional: los medios de información y la opinión pública han sido esta vez menos favorables a Israel que en las anteriores; 5.º, reconocimiento de que la resistencia de Israel a aceptar las insistentes recomendaciones para negociar una paz negociada ha conducido a esta situación; 6.º, reconocimiento internacional de que la situación del Oriente árabe puede producir una crisis mundial de envergadura y, por lo tanto, conviene llegar a una solución justa; 7.º, incremento en el número de países africanos que han roto sus relaciones diplomáticas con Israel y son, por lo tanto, más solidarios de los árabes; 8.º, nueva solidaridad árabe más fuerte que antes.

De lo que quede de todo ello más adelante, cuando pase algún tiempo, es prematuro hablar. En realidad, la guerra no ha resuelto nada. El problema general palestino, origen y causa de toda la cuestión, sigue intacto; la idea de árabes y de israelíes de que la fuerza militar ha de acabar con la cuestión no sólo no ha disminuido, sino que ha aumentado, y hay ahora más decepciones y más frustraciones que antes en las dos partes. La sospecha de que todo es un juego ajeno no se ha perdido. Para los contendientes, para el mundo en general —que ha visto su economía trastornada y ha sentido la amenaza de una nueva guerra fría—, el balance general es muy negativo. ■ J. A.

LA TELEVISION Y EL PODER

Por haber dicho: "La Radio y la Televisión deben estar al servicio de la nación entera, y no al servicio de la mitad de la nación contra la otra mitad; se ejercen presiones políticas intolerables contra directores de servicios y periodistas de la televisión"; por haber dicho esto y otras cosas, Arthur Conte, director general del ORTF (Radio Televisión Francesa) acaba de ser revocado de sus funciones.

Los sindicatos del ORTF nunca se vieron en tal aprieto. ¿Sostener al director general, víctima de una medida arbitraria? ¿Equivaldría a aprobar la política que llevó desde hace año y medio de apoyo incondicional al Gobierno. ¿Aceptar sin reaccionar la decisión del Consejo de Ministros? Significaría la ratificación de un acto considerado ilegal y antidemocrático (Arthur Conte tenía un contrato de tres años), y cerrar los ojos ante uno de los grandes temores que provoca esta medida: la "desnacionalización" de este organismo paraestatal que tanto apetito despierta desde hace años en los medios financieros privados.

El camino recorrido por Arthur Conte hasta llegar a la dirección del ORTF fue ligeramente sinuoso, y su posición actual, muy significativa de la evolución del movimiento gaullista. "Las ratas son las primeras en abandonar el barco que se hunde", dicen sus enemigos. ¿Les falta razón?

Una Francia despreocupada

A mediados de 1972, en vísperas de unas elecciones legislativas que se presentaban mal para el poder, Pompidou nombró a su amigo Arthur Conte director general del ORTF. Antiguo diputado socialista, el catalán Conte (jovial, dicharachero, con un marcado acento provenzal) se había convertido al gaullismo cuando el general volvió al poder. Al llegar al ORTF, Conte tenía ideas muy precisas de lo que podía hacer: "La imagen comporta tales virtudes de persuasión que la televisión, manipulada por manos expertas, se convierte en un arma sin igual. El que la po-

Un aprieto para los sindicatos del ORTF.

